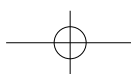
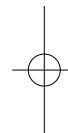
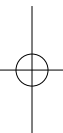
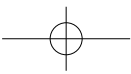
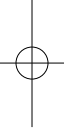


EL DUQUE DE LAS HIGHLANDS





Arnette Lamb

EL DUQUE DE LAS HIGHLANDS

Traducción de Ana M^a Sánchez y Cristina Pérez



Phoebe

Título original: *Highland Rogue*

Primera edición: mayo de 2009

Copyright © 1991 by Arnette Lamb

Publicado de acuerdo con el editor original, Pocket Books, una división de Simon & Schuster, Inc.

© de la traducción: Ana M^a Sánchez Prat y Cristina Pérez Bermejo, 2009

© de esta edición: 2009, ediciones Pàmies

C/ Julián Hernández, 8

28043 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-96952-38-6

Diseño de cubierta: Javier Perea Unceta

Ilustración de cubierta: Franco Accornero

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por TECNOLOGÍA GRÁFICA, S.L.

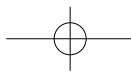
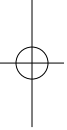
Impreso en España

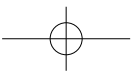
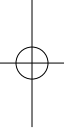
Para Ron Dinn

Un Hoosier por nacimiento.

Un tejano por elección.

Y un buen hombre por naturaleza.





1

Enero de 1768

El temor recorrió su espina dorsal. La sensación no se podía comparar con el entumecimiento de las semanas anteriores, expuesta al viento cortante de las Highlands. Temblaba tanto de frío como de miedo, ya que en cuestión de segundos, conocería al aristócrata que tenía en sus manos el destino de su misión secreta.

Con sus pasos resonando en el gran vestíbulo, Juliet White miraba fijamente el moño de pelo negro, situado en la coronilla de la cabeza de su escolta, mientras su mente se concentraba en poner un pie delante del otro. Un fuego de turba ardía sin llama en el enorme hogar, inundando con el terroso aroma su nariz y seduciendo a sus congelados miembros con la promesa de calor. Los sirvientes iban de un lado a otro por el elegante pasillo, y su rústica indumentaria le recordaba a los trajes que había visto en el Harvest Play, en Williamsburg.

Las melancólicas imágenes trajeron la amenaza de la añoranza. Juliet apartó a Virginia de su mente con decisión y echó una ojeada a los antiguos muros del Castillo Kinbairn. Había cruzado un océano y viajado por las colinas de Escocia, por lo que no estaba dispuesta a perder el coraje ahora, justo cuando estaba a punto de conocer al duque de Ross.

Su imaginación creó una imagen de este acaudalado par del reino inglés. Por supuesto, luciría una peluca empolvada, adornada con pájaros y lazos, que se elevaría hacia los pilares del techo. Su ropa sería, sin duda, de satén y cortada a partir de un rollo de tela de un desagradable tono pardo rojizo o narciso, metida y adaptada aquí, acolchada y enjoyada allá, todo para ocultar ingeniosamente un cuerpo de sangre azul convertido en grasa y disipación.

Se rió interiormente, más animada. Haría una cortés reverencia. Él se permitiría echarle una ligera mirada de pasada, luego le ofrecería una mano enguantada, sazonada con olor sándalo y decorada con algún sello heráldico. Aunque ella no lo besaría. ¿O sí? ¿Y si el

lord insistía? ¿Se iba a arriesgar al fracaso por orgullo? No. Nada iba a impedirle encontrar la información que tan desesperadamente necesitaba.

—Encontrará a Su Excelencia en la despensa —le indicó su acompañante, señalando una puerta con una mano manchada de tinta.

Juliet miró desconcertada hacia la puerta cerrada. El pomo de hierro estaba desgastado y la suciedad de la cocina se adhería a la vieja madera, bajo una capa de harina.

—¿La despensa?

—Sí, allí es donde hace las cuentas y regaña a las criadas.

Perpleja por la sonrisa maliciosa de la mujer y ocultando su propia extrañeza por que el duque fuera a encontrarse en una dependencia tan humilde, Juliet se acercó a la puerta. Un crujido de tela acompañó la marcha de su escolta. Al ejercer una leve presión, la puerta se abrió lenta y silenciosamente.

Los olores asaltaron su nariz. Unos barriles de pescado ahumado y unas cubas de cerveza bloqueaban la entrada. Hierbas, especias, y pájaros madurando, colgaban de las vigas. Juliet asomó la mirada entre dos vasijas, en busca del duque. A un brazo de distancia, todavía protegida por la pared de provisiones, descubrió a un hombre. Sobresaltada y confusa, se encogió en las sombras y miró detenidamente por un hueco entre los barriles.

Detrás de ella, el eco distante de una risa infantil resonó por los pasillos. El inocente sonido proporcionó una nota de irrealidad a la escena erótica que se desarrollaba ante ella.

Se le tensó la espalda, sus manos heladas se descongelaron de repente y asieron el borde de un barril. Él no estaba haciendo cuentas ni regañando a las criadas. ¡Estaba seduciendo a una! ¿Y dónde estaba el empolvado duque? Seguro que ese rufián vestido como un aldeano, no podía ser el señor del castillo.

Él estaba sentado en una silla, sus musculosos brazos colgando, una pluma de escribir en la mano y una mujer en el regazo. Su pelo castaño, trenzado de manera extraña en las sienes y lo bastante largo como para tocarle los hombros, brillaba a la suave luz de la vela.

—Tengo trabajo, Cozy —insistió él, con el fuerte acento musical de Escocia y su expresión severa mostrando un contenido regocijo por el lujurioso juego.

Subida a su regazo, las faldas por encima de las rodillas y la blusa

bajada hasta la cintura, la criada meneó las caderas y sonrió con confianza.

—Sí, así es —Ahuecó con descaro un pecho desnudo y se echó hacia delante, ofreciéndose.

Juliet trató de moverse, pero sus pies parecían haber echado raíces en el rugoso suelo de piedra. Su mirada horrorizada quedó enfocada en el hueco entre los barriles.

Él dejó caer la vista sobre un pezón endurecido. De perfil, su distintiva frente y la larga y delgada nariz eran aristocráticas, fuera de lugar al lado de aquella salvaje mata de pelo.

—Muchacha, te estás metiendo en problemas y apartando a tu laird de sus obligaciones.

—Sí, Excelencia. Así es.

El rubor cubrió el cuello y las mejillas de Juliet, caldeando una piel que momentos antes dolía a causa del frío. ¡Ese sinvergüenza era el duque de Ross!

La criada deslizó una mano entre ellos y le acarició la ingle.

—¿Y que pasa con las obligaciones de esta? —preguntó con intención—. Al parecer hoy tiene ideas propias, y le gustaría romperle los botones si no la ayudo a salir de ahí.

La pluma flotó hasta el suelo. El duque gimió; su cabeza cayó contra la silla. Los tendones de su cuello se resaltaron con intenso alivio. Tragó saliva ostensiblemente, mientras una lenta y libertina sonrisa atravesaba su cara, revelando unos dientes perfectos y arrugas en los lados de los ojos.

Una vez que hubo soltado los botones, la criada cogió una de las trenzas y empezó a acercarlo hacia ella. Separó los labios, y susurró una sugerencia que escandalizó a Juliet.

Juliet recobró el sentido. Puede que Cozy y el duque se divirtieran perdiendo el tiempo, pero eso no quería decir que ella fuera testigo. Componiendo una expresión severa, se puso en su línea de visión y se aclaró la garganta.

La criada se dio la vuelta y sentándose muy erguida, mientras intentaba cubrirse con las manos los pechos desnudos, jadeó:

—¿Quién es usted?

—Soy Juliet White.

El duque volvió la cabeza hacia ella y su sonrisa se desvaneció.

Con el mismo interés con el que el dueño de una plantación miraría a un esclavo en el mercado, permitió que su mirada azul oscuro recorriera a Juliet, desde el revuelto pelo claro hasta el

marchito lazo del corpiño, pasando por el sucio vestido de viaje, hasta las punteras peladas y mojadas de las botas. Levantó la vista y la miró a la cara.

A ella se le secó la boca. Sus piernas se debilitaron como las de un cervatillo de primavera.

Él concluyó la descarada inspección con una sonrisa traviesa. Enfurecida por su insultante inspección y enfadada por su propia reacción infantil, unió los puños e intentó tranquilizar los latidos de su corazón.

—¿Qué te trae por aquí, Juliet White?

El tono informal de la pregunta la cogió por sorpresa. No estaba molesto en lo más mínimo por que una extraña lo hubiera sorprendido acariciando a una criada.

—He venido de Edimburgo para solicitar el puesto de institutriz —dijo preparándose.

Él frunció el ceño y la criada lanzó una risotada.

—Lárgate, Cozy —ordenó él, agarrándola por la cintura y depositándola en el suelo.

Ella se colocó la ropa, indignada y se pavoneó entre los barriles. Alejándose mientras pisaba con fuerza, sin dejar de mirar airadamente a Juliet. El duque se puso en pie y comenzó a abotonarse la bragueta de sus pantalones de cuero con indiferencia.

Juliet miró hacia otra parte, mortificada por que sus ojos continuaran perdidos por debajo de la cintura de él.

Él rió suavemente por lo bajo.

—¿Tiene usted experiencia, señorita White?

Sobresaltada, ella volvió a mirarlo a los ojos.

—¿Experiencia? —preguntó con voz estrangulada.

La sonrisa de él se ensanchó.

—En el arte de la enseñanza, señorita White. ¿Qué otra cosa podría ser?

Una calma de acero cayó sobre ella. Si pensaba que iba a intimidarla con su lascivo comportamiento, ya podía ir cambiando de idea, ya que ella había llegado demasiado lejos y perdido demasiado, como para echar a perder su misión ahora. Separó las manos, obligándose a exhibir una expresión fría.

—Por supuesto que tengo experiencia.

—Ya veremos.

Mientras él se ocupaba de los botones, ella recordó la estúpida imagen que se había formado de él. Mucho más alto de lo que es-

peraba y más delgado de lo que parecía sentado en la silla, el duque de Ross no era un refinado dandy. El fino tejido de la camisa de lana azul claro, colgaba abierto hasta su cintura, dejando al descubierto un sólido pecho cubierto de reluciente pelo y adornado con un collar de oro labrado y brillantes amuletos. Un cinturón de cuero repujado, tan ancho como el largo de su mano, descansaba sobre las estrechas caderas, acentuando unas piernas endemoniadamente largas. Emanaba poder, extraño pero seductor. Juliet tuvo el vergonzoso deseo de tocarle el vello del pecho y calentarse los dedos sobre su piel.

Forcejeó contra el rubor mientras él deslizaba el último botón en su ojal. Se inclinó para recuperar la pluma con elegancia inesperada. Ella divisó su anillo de sello y obtuvo una gran satisfacción al ver que no se había equivocado del todo respecto de él.

Cuando se enderezó, aquellos ojos profundamente azules, ligeramente más oscuros que el océano que ella acababa de cruzar, la observaron detenidamente.

—White —dijo pensativamente, jugueteando con la pluma de urogallo—. ¿Y su nombre de pila es Juliet?

Pronunció el nombre a la francesa, la primera sílaba como un soplo de aire, el beso de un amante volando a través de la habitación. Ella quiso apartar la mirada, pero no pudo.

—Oui —Logró contestar.

—Un nombre apropiado para alguien tan hermosa. ¿Pero qué hay detrás del nombre?

¿Hermosa? Ella era tan vulgar como el caballo marrón de Cogburn.

—Gracias.

—¿Quién la trajo hasta aquí?

—No sé su nombre; una mujer delgada con el pelo negro y las manos manchadas de tinta.

—Debería haberlo adivinado. Gallie y sus tretas habituales. Supongo que no le ofreció cerveza o el calor del fuego.

Gallie. El nombre evocó visiones de éxito. ¡La vieja engreída guardaba el Libro de los MacCoinnich! El entusiasmo se apoderó de Juliet.

—No, ella ... ah ... me trajo aquí directamente.

Él tiró la pluma sobre la mesa con un rápido movimiento de muñeca.

—En ese caso vamos a refrescarnos —anunció, poniendo una

mano bajo su codo y escoltándola hacia la puerta—, y así podrá decirme como adquirió usted ese insólito acento en Edimburgo.

Alarmada por el hecho de que él fuera tan perspicaz, Juliet echó la cabeza hacia atrás y vio que los ojos de él escrutaban los suyos como si buscara algo que ella todavía no había revelado. El corazón empezó a latirle enloquecido. ¿Cómo podía el duque de Ross, un noble rico y famoso, tener una idea de la razón que la había traído hasta Escocia? El problema estaba en ella, decidió, porque pronto empezarían las mentiras.

—¿Edimburgo? —dijo, forzando una sonrisa—. ¿Cree usted que soy de Escocia?

La confusión suavizó sus rasgos.

—Bueno... no. Pero entonces, ¿de dónde ha salido usted, Juliet White?

El corazón empezó a latirle más rápido ante la caricia en la que él había convertido su nombre.

—De Virginia, señor —contestó ella con franqueza.

—Las colonias americanas —Liberó su brazo y agitó la mano hacia delante, hacia un pasillo estrecho—. Hay un paseo hasta el solar. ¿Podrá hacerlo?

—Señor, he recorrido la mitad del camino cruzando el mundo por mares embravecidos en invierno. Un paseo más por su castillo no me va a cansar.

La luz de una docena de lámparas de aceite danzaba sobre las paredes y los suelos de piedra. Los olores de la cocina perdieron intensidad, sustituidos por el olor a limpio de la cera y el jabón. Su jabón.

—¿Por qué ha venido a Escocia?

Ahora que no la miraba, podía recitar la historia que había estado ensayando. Pero entonces, su mano caliente le tocó el cuello y la mentira quedó atascada en su garganta.

—Por aquí —Él extendió los dedos y la dirigió hacia otro pasillo.

Luchando con una oleada de culpa e ignorando la agradable sensación de su contacto, contesto:

—Quiero trabajar para la aristocracia.

—Ah. Entonces es ambiciosa.

—No. No exactamente. Simplemente me gustaría tener las mismas posibilidades que otros —Una chispa de verdad, atizada por la amargura, tiñó sus palabras—. En mi país siempre me hubieran rechazado a favor de un tutor importado.

—Una profesora exportada de las Colonias —dijo él con una sonrisa en la voz—. Quien parece disfrutar andando.

Ella notó los ojos de él sobre su espalda y se avergonzó por su aspecto desaliñado. ¿Qué otra apariencia podía tener después de ir montada durante días en un carro sin suspensión y descubierta?

Su obstinado orgullo salió a la luz.

—También estoy tan preparada y capacitada como cualquier tutor de Inglaterra.

—Y más bonita. Está temblando. ¿Tiene frío?

Al no estar preparada para la solicitud de un Don Juan así, Juliet buscó una respuesta. Cansada del viaje y dudando de poder llevar a cabo alguna vez aquella ridícula farsa, encontró fuerzas para asentir con la cabeza.

—Bueno, no piense que la voy a atraer a mis brazos para calentarla, muchacha. No me atrevería a darle una impresión equivocada sobre un miembro de la “aristocracia”.

Ella se quedó paralizada y él chocó con ella. Sus manos la agarraron por los brazos y ella sintió el musculoso contorno de su torso y las duras columnas de sus piernas contra la espalda. Irradiaba calor y fuerza, dos cosas que echaba de menos profundamente.

—No se ponga demasiado cómoda, muchacha. No estamos en la despensa.

La indignación tensó su espalda. Se apartó de él y continuó andando.

—No soy una puritana, Excelencia. Lo que les haga a sus criadas y dónde decida hacerlo, es asunto suyo.

—Cierto —dijo él, secamente—. Sin embargo, ha confundido el discurso. Era Cozy quien me lo hacía, no al revés. De tener tanta experiencia como dice, Juliet White, lo sabría.

¿Había sido él la víctima? En todo caso, una víctima dispuesta, decidió. ¿Qué diferencia había? Ella estaba aquí por una razón, y sus actividades inmorales no tenían nada que ver con ella.

—En ese caso me doy por enterada.

—Me alegro de oírlo, muchacha. No quisiera echar a perder mi reputación.

—Pero en Edimburgo, decían que usted... —Juliet se volvió en redondo.

A él le brillaron los ojos con alegre desafío.

—¿Qué decían? No se interrumpa ahora.

Ella no podía dar crédito a sus oídos. ¡El libertino más famoso de Escocia bromeaba con su fama mal ganada! Parecía estar orgulloso de las murmuraciones.

—¿No le importa lo que dicen de usted?

Él echó la cabeza atrás y se rió a carcajadas. El sonido resonó en las viejas paredes, calentando el aire y aligerando su humor.

—Qué hombre más raro.

Él se secó los ojos, riendo por lo bajo.

—No tanto. Solo indiferente a las conversaciones de gente con demasiado dinero y muy poca imaginación.

Horrorizada por haber expresado sus pensamientos en voz alta, sintió que el rubor le subía por el cuello.

—No tiene por qué avergonzarse. Me gustan las mujeres que dicen lo que piensan —Antes de que ella pudiera contestar, añadió—: Pero, ¿habla usted escocés?

Juliet echó a andar otra vez, aliviada por motivos que no comprendía.

—Si se refiere al gaélico, no. No lo hablo.

—En Escocia —murmuró él—, a nuestro idioma lo llamamos *escocés*. Aunque no importa —El volumen de su voz descendió y pareció sinceramente compungido—. Ha sido muy amable por su parte que haya venido, pero no se adaptaría nunca.

A Juliet le dio un vuelco el corazón. No podía rechazarla. No antes de que ella hubiera hablado con la mujer llamada Gallie, no cuando su objetivo estaba tan prometedoramente cerca. Se giró en redondo, desesperada por hacerlo cambiar de idea. Y se encontró a sí misma mirando fijamente a una piedra de ámbar tallado con la forma de un ciervo anidado en la mata de pelo rojo dorado de su pecho.

—¿Lo dice porque no hablo gaélico? —preguntó, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Escocés —corrigió él.

Ella no había previsto esta complicación. Levantó la vista, esperando encontrarse con una mirada dura y alerta. En cambio, en su boca jugueteaba una sonrisa.

—Escocés —insistió él.

—Escocés —admitió ella.

Él rió por lo bajo. Las trenzas bailaban sobre sus hombros, y el ciervo brillaba a la luz de la lámpara.

—Así podría hablar como lo hace la gente civilizada, querida, y

enseñar a mis hijas.

—Al contrario —insistió, haciendo alarde de todo el valor que pudo reunir—. Sus hijas aprenderán más rápidamente si hablan inglés, y se me dan muy bien los idiomas. Ellas pueden enseñarme escocés —Titubeando, añadió—: ¿Hablan... eh... algo de inglés, verdad?

Él cruzó los brazos sobre su enorme pecho.

—Sí, hablan la lengua del rey y un poco de francés —Sonriendo con indulgencia, añadió—: Y demasiadas palabras que no deberían conocer. Pero no el inglés de Virginia que habla usted.

Sus bromas ligeras y sus paternales réplicas hechizaban a Juliet.

—En América, Su Gracia, a nuestro idioma lo llamamos *americano*.

Sus ojos centellearon; una sonrisa curvó su hermosa boca.

—Touché. El solar es aquella puerta.

La esperanza de ella iba en aumento, volvió a darse la vuelta y siguió en la dirección que él señalaba. Se le levantó el ánimo al divisar a Gallie en posición de firmes junto al hogar del solar. La mujer hizo una reverencia y murmuró:

—Excelencia.

Aunque era varios centímetros más baja que Juliet, su porte era el de una reina. Se había lavado las manos y puesto un delantal nuevo de algodón de un color azafrán desvaído. El tono primaveral complementaba una piel blanca, con menos arrugas de las esperadas para una mujer de su edad. Estudiando aquellos ojos oscuros, iluminados con un detello juvenil, Juliet se preguntó si habría calculado mal la edad de Gallie.

Pero nada de eso importaba; Gallie tenía las respuestas que buscaba Juliet. Ni el mismísimo rey Jorge podría impedirle encontrar la verdad y localizar al hombre que había traicionado a su hermana y la había dejado morir.

El duque cogió una silla y la acercó al fuego.

—Estará más caliente aquí.

Con sus extremidades doloridas, se sentó con cuidado.

—Trae cerveza para nuestra invitada, Gallie —dijo él—, y *el Dram Buidheach* para mí.

Gallie contrajo la cara.

—¿Qué debo hacer con ese ladrón malhablado y maloliente que ha traído con ella. ¿Prepararle un baño caliente?

El duque lanzó a Juliet una mirada interrogativa.

—¿Es su hombre?

—¿Mi hombre? —preguntó ella inexpresivamente.

—Su marido —dijo él despacio, como si ella fuera tonta.

Gallie entrelazó las manos.

—¿Está usted casada? —chilló como una doncella—. ¡San Ninian nos ha bendecido esta vez! —Volviéndose al duque preguntó—: ¿Ha oído eso Lachlan? Una institutriz casada.

—*Haud yer wbeesht*, Gallie.

—¡No! —intervino Juliet. Esperaba tener que mentir a menudo mientras estuviera en el Castillo Kinbairn, pero en cuanto a este tema, podía decir la verdad—. Gallie se refiere a Cogburn Pitt. Ha viajado conmigo desde Virginia.

La verdadera razón por la que Cogburn había venido con ella no era de su incumbencia.

El duque se instaló en una silla similar a un trono.

—¿Entonces es su criado?

—Difícilmente soy de la clase que emplea criados, Excelencia —replicó Juliet, sorprendida.

Él suspiró con impaciencia.

—¿Entonces por qué viaja con usted? ¿Es su amante?

—Tampoco soy de las que tienen amantes —barbotó, atónita—. No hubiera podido llegar sola hasta aquí —Su incomodidad se incrementó—. He venido a solicitar un puesto respetable, y me ofende su insinuación de que traería a un am... amante en el viaje. O que lo tenga siquiera.

—¿Cómo iba yo a saberlo? Debajo de esas ropas arrugadas, puede que haya una duquesa —dijo él con expresión incrédula y extrañamente desconcertada.

Ella se rió a carcajadas, olvidando momentáneamente su desesperada misión.

—¿Las duquesas son sinónimo de amantes?

Gallie se rió.

—Si, y al duque le gustan ambas —Puso los ojos en blanco—. ¡Ay Lachlan! La de las colonias está fuera de su alcance. Se ha traído a su propio hombre.

—¡*Haud yer wbeesht!* —rugió él otra vez.

Ella chasqueó la lengua.

—Sería mejor que la contratara ahora, antes de que ella y su elegante hombre se larguen.

—Y tú, será mejor que te preocupes por tu lengua Gallie Mac-

Kenzie. No lo repetiré. Trae las bebidas y luego ocúpate de tus asuntos.

Gallie salió de la estancia, recorriendo el pasillo con un vendaval de alegría.

MacKenzie. Gallie era una MacKenzie. ¿Todo el mundo se apellidaba así en Ross? ¿Y cuándo iba a encontrar a la persona llamada *MacCoinnich* en aquella tierra verde de Dios? Acercó más a la chimenea sus botas mojadas y extendió las manos hacia el fuego, consciente de pronto del frío que había pasado. El vapor se elevó desde el dobladillo de su falda. Mientras el frío desaparecía, observó detenidamente la extraña habitación.

Comparada con la elegante Mabry House y el ruinoso orfanato en el que había crecido, el castillo Kinbairn parecía único y antiguo. Hachas de batalla y sables decoraban las paredes, entre las que colgaban tapices bordados y cuadros de marcos dorados con nobles arrogantes y hombres de expresión severa.

Su imaginación echó a volar. Imaginó a soldados cargados con pesadas armaduras y vistosas cintas de seda atadas a los brazos, recubiertos con la coraza. Vislumbró al duque de Ross sentado a horcajadas sobre un resollante y encabritado caballo de guerra, y preparado para dirigir a su ejército en la batalla. Él levantaría el brazo y balancearía la espada describiendo un círculo...

—¿Va entrando en calor?

La voz de él interrumpió sus divagaciones románticas. Se arrellanó en la silla tallada, sus piernas largas cruzadas a la altura de los tobillos, sus manos dobladas, descansando en el lugar donde lo había acariciado la criada. Juliet notó que volvía a ruborizarse de vergüenza. Se alejó del fuego.

—La verdad es que demasiado —murmuró.

—Esta no es la mejor época para viajar por las Highlands. Debería haber esperado hasta la primavera. Entonces hace buen tiempo y las plantas florecen.

Ella no podía haber esperado hasta la primavera, pero no tenía ninguna intención de decírselo. De la red de mentiras que había tejido, entresacó las pocas verdades que podía desenredar.

—Me dijeron que necesitaba usted una institutriz y carezco de medios para residir en Edimburgo hasta que mejore el tiempo.

Él apartó las manos de su regazo y las descansó sobre los brazos de la silla. Ella no pudo evitarlo; sus ojos quedaron fijos en los botones de la bragueta, con la mente centrada en lo que había debajo

de ellos.

—¿Por qué iba usted a elegir las Highlands? Una muchacha delicada como usted se sentiría más en casa en Edimburgo o en la Corte de St. James.

Ella se aclaró la garganta con esfuerzo y dirigió la mirada hacia el fuego. La mentira salió de sus labios con facilidad.

—El primer puesto libre que encontré fue el suyo.

—No es extraño. Venir a Escocia fue un acto de valentía. ¿Era usted desgraciada en Virginia?

—Nada de eso.

—¿Está huyendo de alguien?

—Desde luego que no. Nunca he huído de nada.

—Debe entender que solo estoy sorprendido. Usted es la primera institutriz de las colonias que solicita el trabajo. ¿Por qué?

Ella se encogió y forzó una risa.

—Puede que alguno de mis antepasados fuera un escocés con pasión por los viajes. Quizá me lo transmitiera.

—No parece escocesa —dijo él arrastrando las palabras, demostrando su desenvoltura con las mujeres—. Puede que báltica, con sus cabellos rubios y sus ojos parecidos a los de un ciervo, pero no escocesa.

—No lo sé, señor —Al igual que otras tantas veces en su vida, Juliet ignoró el dolor del abandono causado por gente indiferente y egoísta que no podía ser molestada por otra hija.

Él elevó las cejas.

—¿Se quedó usted huérfana?

El orgullo le levantó la barbilla; la determinación abasteció de combustible a sus palabras.

—Sí. Pero si está pensando en compadecerse de mí, no se preocupe. Me he construido una buena vida —Se había labrado un lugar en el mundo a base de duro trabajo y fortaleza de carácter—. Me gusta mi trabajo. Disfruto con los niños y ellos me aceptan fácilmente.

Un destello de admiración brilló en los ojos de él.

—¿Y cómo acabó siendo una institutriz?

—Siendo niña, me contrató un erudito de latín, en Richmond. Barría las escaleras, afilaba las plumas y quitaba el polvo a sus libros. Al final me enseñó a leer y a escribir. Murió cuando yo tenía doce años.

—¿Cuántos años tiene usted ahora, Juliet White?

¿Nunca se iba a acostumbrar al sonido de su nombre en sus la-

bios? Dejando de lado una ligera inquietud, se ahuecó las faldas secas.

—Veintidos, Excelencia.

—Parece... eh —Miró fijamente sus pechos—, más madura.

¿Por su pecho? Como experto en mujeres, no iba a encontrar en ella nada de interés. Era mediocre, carente de gracia y poco interesante. Lillian había sido la belleza. Lillian, con el pelo dorado y los ojos risueños. Lillian, la hermana adorada que había protegido a Juliet de las bromas crueles de los huérfanos mayores.

—Soy bastante práctica, señor. He trabajado mucho como para tomarme la vida con frivolidad.

—Mis disculpas. No era mi intención ofenderla.

Ella alejó los agridulces recuerdos.

—No me he ofendido —dijo, con sinceridad. No era el momento de sentimentalismos por el pasado... y Lillian.

—¿Qué hizo después de que el erudito muriera?

—Me fui a trabajar con la familia Marbry de Williamsburg.

—¡Por Cristo, muchacha! —Se inclinó hacia delante y la taladró con aquellos penetrantes ojos azules—. ¿Cómo pudo tomar esa decisión? Era solo una niña.

Estaba equivocado, completamente equivocado; su lucha por sobrevivir había eliminado en ella cualquier atisbo de infancia. Se rió, reuniendo todo el coraje que le había permitido realizar ese viaje.

—¡Oh, pero lo cierto es que tuve suerte, Excelencia! Mientras que la mayoría de los criados vaciaban orinales, se agachaban en los campos de tabaco, o cosas peores, yo aprendía francés y geometría. Cuando los niños Marbry fueron lo bastante mayores para necesitar una institutriz, yo estaba preparada para enseñarles.

—Entonces aquí tiene un desafío —masculló él con fatalismo.

Juliet saboreó la victoria.

—Soy muy competente, Excelencia.

—¿Sabe de astronomía?

Ella asintió.

—Nombre la estrella más brillante del cinturón de Orión.

Vaya. Quería ponerla a prueba, ¿verdad?

—Las estrellas del cinturón son brillantes, Excelencia, pero la roja, Betelgeuse, es la más brillante de Orión.

El frunció el ceño, la expresión puso un aspecto severo en sus rasgos descaradamente hermosos.

—Sí, en la espada.

—No —declaró ella—, en el hombro.

Puede que él la creyera osada, pero no iba a poner objeciones cuando estaba desafiando a su mente.

Su boca se curvo con humor.

—¿Sabe de modales y sutileza, Juliet?

Ella se llenó de satisfacción. Podía sentarse durante horas en este antiguo castillo y hablar de cosas que a ningún otro adulto le hubiera gustado escuchar. Su mirada se encontró con la de él. Si, iba a disfrutar intercambiando réplicas ingeniosas con el duque de Ross. No contuvo la sonrisa, no podía sofocar el impulso de imitar su forma gutural de pronunciar las erres.

—Así es, Excelencia, modales y sutileza.

Él se rió de su imitación.

Ella se levantó y se dirigió al grupo de retratos.

—¿Quién es este caballero? —Señaló a un hombre de expresión adusta con una manta que le cubría el hombro.

—Colin MacKenzie, el primer duque de Ross.

Ella se giró, dándose de bruces con el pecho del duque actual.

—¿Usted es el segundo? —Logró levantar la cabeza.

—No —respondió el con gravedad, aunque la diversión brilló tenuemente en sus ojos—. De ser así tendría más de ciento cincuenta años.

—Oh —tartamudeó ella sintiéndose estúpida—. No lo sabía. Es decir, simplemente pensé...

—¿Qué pensó?

Hundiéndose más en la trampa de su propia ignorancia, y fascinada de nuevo por el ciervo de ámbar de su collar, se volvió hacia el retrato.

—Se parece a él, Excelencia.

—¿A Colin?

—Para mí sí.

—No, muchacha, ya que Colin era un hombre pequeño, apenas más alto que usted. Este es el cuarto duque, Kenneth —Su mano asomó por encima de su hombro mientras señalaba otro retrato—. A él es a quien debo mi estatura.

Ah, sí, pensó ella, aquel corpulento lord de las Highlands tenía virilidad de sobra.

—¿Usted también tiene un nombre y un número?

—Sí, Lachlan y el sexto. —Bajó el brazo hasta tocarle el hom-

bro— ¿Está usted convenientemente impresionada?

—Desde luego —contestó ella rápidamente, en tanto su cerebro exploraba lentamente su mano, su muñeca y la tela de su camisa—. ¿Tiene usted un mantón como ese?

—¿Mantón? —Se atragantó con la palabra—. Es un tartán, no un mantón, y no, no tengo ninguno. Los ingleses lo han prohibido.

Se giró en redondo, sorprendida de que él permitiera que alguien le prohibiera algo. Se le estiró la cara al fruncir el ceño.

—Que terrible. ¿No puede hacer nada?

El brazo de él cayó al costado.

—¡Oh, sí! —dijo, con sarcasmo, arrastrando las palabras—. Podría ponerme mi tartán y que los ingleses me ahorcaran —Su expresión se entristeció—. En caso de que tuviera un tartán.

El atropello la hizo hervir por dentro.

—Odio a los ingleses. Cobran los impuestos de las colonias sin piedad, controlan nuestro comercio. El señor Marbry no tiene ni voz ni voto en el precio de sus cosechas. Su agente de tabaco le paga solo cuando le conviene.

Con el brazo apoyado con descuido en la repisa de la chimenea y las cejas enarcadas por la sorpresa, el duque parecía todo atención.

Consciente, y sorprendida por su propia vehemencia, esperaba que él expresara su desaprobación.

—¿Tiene usted referencias?

Se llenó de alivio. La estaba considerando para el puesto.

—Sí. De los Marbry, del vicario, y del señor Axel Beverly, un sabio del Colegio de William and Mary.

—Les echaré un vistazo más tarde.

—Desde luego, Excelencia. Están en mi maletín.

Gallie caminó con dificultad por la habitación, con una bandeja en las manos. Paseó la mirada del duque a Juliet y sonrió.

—Veo que lo ha convencido. En lo que se refiere a las muchachas, es tan obstinado como la iglesia en domingo. Las estropea y las mima...

—Gallie, muérdete esa lengua impertinente y tráelas.

Cogió a Juliet del brazo y la dirigió hacia una silla. Luego se sentó él.

Gallie dejó la bandeja y recogió el vaso, levantando la nariz. Se agachó a los pies de él.

—Perdón, milord. He perdido el sentido —Ofreció la bebida—. Brinda por tu laird o pierde la cabeza.

Él entrecerró los ojos.

—Creo que vas a perder algo más que eso. Coge tus supercherías y déjanos en paz.

Ella se puso en pie y se encaminó hacia la puerta. Juliet se sirvió una jarra de cerveza caliente, sofocando una risita.

—Por el duque de Ross —se atrevió a decir con descaro.

Él levantó su vaso.

—Es usted ingeniosa, Juliet White —dijo de buen humor—. Pero no le dé alas a Gallie. No necesita de su ayuda para hacer travesuras.

Segura de tener una posibilidad para el trabajo, y rezando por que el libro de Gallie le dijera lo que necesitaba saber, Juliet bebió la fuerte cerveza. Aunque era diferente al brebaje de levadura de Edimburgo, la bebida satisfizo su paladar. Por motivos que no era capaz de explicar, la calma cayó sobre ella. Se sentía cómoda, como si estuviera sentada en el aula de los Marbry en vez de en un viejo castillo escocés a un océano de distancia del hogar.

El recordar los nombres de las personas que había conocido durante su viaje, dijo:

—En todas partes parece haber un MacKenzie. ¿Son parientes? ¿Tiene usted una familia grande, Excelencia?

¿Y dónde estaban los malditos MacCoinnich?

—Clan —corrigió él—. Si, somos mas poderosos que los Cameron de Diamaird o que los MacDonald de Skye..

—¿Cómo se acuerda usted de todos? —Contuvo el aliento; una respuesta correcta la acercaría un paso más a su objetivo.

Se le ablandó la expresión.

—Supongo que no querrá saber como hacer el seguimiento de la familia, ¿verdad, señorita White?

¿Por qué no la había llamado Juliet? La melancólica reflexión desapareció cuando él añadió:

—Mantener al día el Libro de los MacKenzie es trabajo de Gallie.

El éxito cantó en sus venas. Si pudiera encontrar aquel Libro de los MacKenzie, seguramente el Libro de los MacCoinnich estaría cerca.

—¿Tiene un registro de toda su familia? ¡Qué fascinante!

Él se acercó al aparador y se rellenó el vaso. Fascinada por la forma llena de gracia con la que él se movía, no podía dejar de mirarlo. Los pantalones se ajustaban a sus estrechas caderas y costados sin una sola arruga ni deformidad. Las delicadas puntadas de las cos-

turas delineaban sus musculosas pantorrillas, y los botones labrados de la bragueta, acentuaban su masculinidad.

El decantador chocó contra la bandeja y Juliet volvió en sí. No había venido a Escocia para quedarse embobada con un duque mujeriego; había venido con un propósito.

Bebió un sorbo de cerveza. Cuando él se hubo sentado de nuevo, ella preguntó:

—¿El primer duque de Ross tuvo un cronista como Gallie para conservar el Libro de los MacKenzie?

Él hizo rodar el vaso entre las palmas de las manos, produciendo un tintineo al golpear el cristal con el anillo.

—¿El libro? —Las manos se movieron más rápido—. Hubiera dicho que lo que le interesaban a usted eran los botones, señorita White. Es un pasatiempo del rey de Inglaterra, ¿sabe? Tallar botones.

Ella quiso esconderse debajo de la silla, avergonzada. ¿Es que a ese mujeriego escocés no se le pasaba nada? Jugeteó con la jarra, casi derramando su contenido.

—Cualquier monarca que se hace llamar «el más miserable de los pecadores» y se dedica a ofender a sus súbditos de las colonias, está destinado a mostrar un comportamiento extraño.

El tintineo se detuvo y las cejas del duque se alzaron.

—Bendito san Ninian —declaró—. Me he topado con una patriota. ¿Cuánto tiempo lleva usted en la insurrección, señorita White?

El destello de sus ojos disparó sus defensas.

—No tanto como el que lleva su familia conservando un registro de su gente —Eso. Había desviado la conversación hacia donde ella quería.

Él levantó el vaso hacia ella. El corazón empezó a latirle más rápido a causa de la timidez por el brindis.

—Gallie debe estar bastante ocupada, manteniéndose al corriente de su clan.

—Así es.

Juliet miró fijamente la jarra y contó los anillos de espuma, que indicaban cada uno de los sorbos que había dado.

—¿Qué hay en el libro... para mantenerla tan atareada?

Él se encogió de hombros.

—Nacimientos y muertes.

Fingiéndose recoger una gota de la jarra, ella dijo:

—¿Como cuándo un MacKenzie se casa con un MacCoinnich?

—Con un matrimonio así somos muy cuidadosos.

¿Los MacKenzie eran enemigos de los MacCoinnich? Oh, Señor, no había tenido en cuenta tal complicación. Alzando la vista hacia él, parpadeó y preguntó:

—¿Por qué?

—Ya basta de hablar del libro; es un tema prohibido.

—¿Como su tartán?

La diversión destelló en los ojos de él.

—El castigo es mucho peor.

—¿Sí?

—Sí —Parecía estar disfrutando—. Vuelva a hablar del maldito libro y le cortaré la lengua y se la daré a comer a los sabuesos de los MacBride.

La risa burbujeó dentro de ella.

—No va hacer usted tal cosa, milord Ross, solo está tratando de asustarme —Una vez obtenido el puesto, se enteraría de las respuestas— ¿Cuántos años tienen sus hijos?

Él pareció relajarse.

—Unos seis, aproximadamente.

—¿Solamente hay uno? Me pareció que Gallie había dicho...

—Se interrumpió, las cosas iban demasiado bien. Un niño o gemelos, no había ninguna diferencia. Después de pasar años con los chicos y las chicas Marbry, el descendiente del duque iba a ser un placer bien recibido—. ¿Tiene alguna hija?

—Muchacha —corrigió él con expresión adusta.

Ella descansó remilgadamente las manos en el regazo.

—¡Ah, sí! Así es como se diría chica en escocés.

—Pagana asegurarían algunos, a veces —se quejó él, aunque bajo esas bruscas palabras resplandecía el cariño.

Un sueño olvidado, espontáneo e inoportuno, se deslizó en su mente. Una visión de vestidos llenos de volantes, ponis engalanados y padres afectuosos.

El sonido al andar de unos pies pequeños y unas risotadas infantiles, resonaron en el vestíbulo, sacando a Juliet de su ensueño. Se enderezó en el asiento y dejó la jarra a un lado. ¿Sería la niña poco femenina? Ciertamente, teniendo en cuenta todo el ruido que provenía de la entrada. No importaba. Controlaría a esa niña.

Sonriendo con confianza, deslizó la mirada hacia el duque. Él la observó detenidamente, pero era obvio que su atención estaba concentrada en la niña que entraba en la habitación.

También Juliet se fijó en los pasos que se aproximaban. ¿El pelo

de la niña tendría el rico tono castaño del de su padre? ¿Sería tímida o audaz? ¿Le bailarían los ojos de alegría o serían desafiantes con terco orgullo?

